

El movimiento del 68 en la novela

Los símbolos transparentes

The 68' Movement in the Novel

Los símbolos transparentes

Enrique Guerra Manzo | ORCID: 0000-0003-1705-6855
Profesor/Investigador del Departamento de Política y Cultura,
Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco
eguerra@correo.xoc.uam.mx

Palabras clave: Movimiento estudiantil de 1968, civilización y barbarie, violencia, Gonzalo Martré, Norbert Elias.

Keywords: Student movement of 1968, civilization and barbarism, violence, Gonzalo Martré, Norbert Elias.

Resumen: Desde la sociología figuracionista de Norbert Elias, el ensayo analiza la manera en que se representa al movimiento estudiantil mexicano de 1968 en la novela *Los símbolos transparentes*, de Gonzalo Martré, en particular la simbolización de las tensiones entre civilización, violencia y barbarie. El argumento principal es que, para dar cuenta de ello, Martré emplea tanto un código de luces y sombras como la sátira degenerativa. En la novela, el gobierno se vale de un lenguaje oscuro y deformado para

justificar sus actos de barbarie, lo que contrasta con la luminosidad de los derechos constitucionales reclamados por el movimiento estudiantil.

Summary: From the figuralist sociology of Norbert Elias, the essay analyzes the way in which the Mexican student movement of 1968 is represented in the novel *Los símbolos transparentes* by Gonzalo Martré, especially the symbolization of the tensions between civilization, violence, and barbarism. The main argument is that, to account for this, Martré uses both a code of light and shadow and degenerative satire. In the novel, the government uses a dark and deformed language to justify its barbaric acts, which contrasts with the luminosity of the constitutional rights claimed by the student movement.

Introducción

Decir que el movimiento estudiantil de 1968 representa un parateguas en la historia contemporánea de México es casi un lugar común. Algunos incluso han dicho que es el movimiento más importante del siglo xx, después de la revolución de 1910.¹ Lo cierto es que no dejó de repercutir en diversos ámbitos de la sociedad mexicana: medios, ciencias sociales, historiografía, literatura (poesía, novela, crónica), entre otros.²

Muchas de las obras literarias se volcaron, más que a la búsqueda de la verdad, a preservar la memoria de la masacre a partir de la emoción y de ciertos símbolos, y a no olvidar el carácter represivo del régimen.³ El

1 Elena Poniatowska, *Fuerte es el silencio*, México, Planeta, 2023, p. 57; José Rivas *et al.* (coords.), *El 68 mexicano (en el centro y en la periferia)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Porrúa, 2023, p. 7.

2 Sobre el movimiento del 68 se ha escrito mucho (incluyendo testimonios, novelas, obras de teatro, cronologías y estudios especializados desde las ciencias sociales y la historia). Para algunos balances bibliográficos, *vid.* Ana Sánchez, “Bibliografía sobre el movimiento estudiantil mexicano de 1968”, en Silvia González, *Diálogos sobre el 68*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, pp. 147-170, quien hasta 2003 contabilizó más de medio millar de textos; Victoria Carpenter, ¿“You Want the Truth? You Can’t Handle the Truth”: Poetic Representations of the 1968 Tlatelolco Massacre”, *Journal of Iberian and Latin American Research*, vol. 21, núm. 1, 2015, pp. 35-49; Dolly J. Young, “Mexican Literary Reactions to Tlatelolco 1968”, *Latin American Research Review*, vol. 20, núm. 2, 1985, pp. 71-85; Eugenia Allier, “Presentes-pasados del 68 mexicano. Una historización de las memorias públicas del movimiento estudiantil, 1968-2007”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 71, núm. 2, abril-junio de 2009, pp. 287-317.

3 En sus estudios sobre la memoria, Elizabeth Jelin ha visto “un hecho básico: el pasado ya pasó, es algo determinado, no puede ser cambiado”. En cambio, el futuro “es abierto, incierto, indeterminado”. Lo que sí “puede cambiar es el sentido de ese pasado, sujeto a reinterpretaciones ancladas en la intencionalidad y en las expectativas hacia ese futuro”. *Vid.* “Las luchas por la memoria”, *Telar: Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos*, núm. 2, 2005, p. 20. En México, el discurso oficial sobre la noche de Tlatelolco no se quedó sin respuesta. En un buen balance sobre las memorias del movimiento del 68, Eugenia Allier

objeto del presente artículo es analizar una de ellas, *Los símbolos transparentes*, de Gonzalo Martré, considerada por varios autores como la novela más relevante del ciclo del 68.⁴ ¿Cómo se expresan las tensiones entre civilización, violencia y barbarie?

Es decir, ¿en qué imágenes, figuras o discursos tiende a plasmarse esa triada? ¿En qué medida puede apreciarse en los protagonistas la manera en que ellos mismos experimentan ciertos dramas ocasionados por el choque entre fuerzas civilizatorias y fuerzas de la barbarie y la violencia que repercutieron en el movimiento del 68? ¿Qué nexos hay entre lo factual de esa triada y las representaciones artísticas en la novela de Martré? Mi objetivo es presentar una respuesta tentativa a estas preguntas.

El argumento principal es que los códigos centrales que emplea Martré para abordar las relaciones entre civilización, violencia y barbarie son los de un juego pendular de luces y sombras.⁵ De igual manera, se vale de la sátira degenerativa para desarrollar una ácida crítica a todos los discursos y las ficciones narrativas en torno a los acontecimientos del 68. En la novela se aprecia que el gobierno usa un lenguaje oscuro y deformado para justificar sus actos de barbarie contra la luminosidad de los derechos constitucionales reclamados por el movimiento (cese de la represión, libertad de expresión y manifestación, entre otros). Martré

considera que las más importantes han sido la de la denuncia y la del elogio, que han rescatado y difundido los valores originarios del movimiento. “Presentes-pasados”, *op. cit.*, pp. 290-291. Otra de las expresiones contrahegemónicas es la llamada “literatura Tlatelolco” —en la que se inscribe la novela de Martré—, que tiende a transmitir el mensaje de que el partido en el poder ha traicionado “los ideales de la Revolución mexicana”, por lo cual promueve el desencanto con la imagen corrupta del PRI y la frustración con el clima político impuesto por el régimen autoritario. Se trata de obras que van desde la novela hasta la poesía. Carpenter, *op. cit.*; Maricela Becerra, “2 de octubre no se olvida. La (pos)memorialización de Tlatelolco 68”, tesis de doctorado, Universidad de California, 2019.

4 Al respecto, *vid.* Wolfgang Luchting, “Review of *Los símbolos transparentes* by Gonzalo Martré”, *World Literature Today* 1, 1979, p. 652; Carlos Gómez, “Postfacio. Novela de una novela”, en Gonzalo Martré, *Los símbolos transparentes*, México, Alfaguara, 2013 (versión para Kindle), p. 7437; Young, *op. cit.*, pp. 71-85.

5 Como señala Pierre Bourdieu: “Toda operación de desciframiento exige un código [...] La obra de arte, como todo objeto cultural, puede ofrecer significaciones de niveles diferentes según la clave de interpretación que se le aplica.” *Vid.* “Elementos de una teoría sociológica de la percepción artística”, en A. Silbermann, *et al.*, *Sociología del arte*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1971, p. 49; Nathalie Heinich, *Sociología del arte*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2002.

focaliza su mirada sobre todo en las bases del movimiento: sus brigadas estudiantiles. Aunque no deja de observar también a otros actores no menos importantes en el drama del 68 (dirigentes, intelectuales, élites políticas, medios, etc.).

Aquí no se hará una síntesis o lectura lineal de su obra, sino una relectura de aquellos pasajes o momentos de la trama en los que con más frecuencia aparezca la triada de nuestro interés. Primero se hace un breve preámbulo para explicar cómo deben entenderse teóricamente los nexos entre civilización, violencia y barbarie. Luego se ofrece el contexto y las fases por las que transitó el movimiento del 68. Ello permitirá espejear el dialogo de la novela con la realidad. Finalmente, se analiza el modo en que se expresa nuestra triada en la obra de Martré.

Civilización, violencia y barbarie: una interpretación figuracionista

Civilización y barbarie son conceptos íntimamente vinculados.⁶ La barbarie representa un contraespejo para la civilización, pues esta se define en contraste con aquella. En el presente artículo, sus vínculos se entenderán en dos sentidos.

El primero se refiere al imperativo de contar con un estándar para diferenciar a quienes se presentan como civilizados (el *nosotros*) frente a los bárbaros (*ellos*). Los antiguos griegos se veían como el modelo de la civilización y “lo no griego representaba la barbarie”.⁷ Por lo tanto, se trata de una dualidad que siempre conduce a denigrar (coacción simbólica) al otro como no civilizado (inferior a nosotros) y que suele articularse con una balanza de poder entre culturas desiguales y diferentes.

Empero, Norbert Elias indicaba que también se puede emplear en forma contestataria, contrahegemónica, para estigmatizar al que se dice civilizado y encasillarlo como bárbaro (que oprime y violenta de manera

6 Para una síntesis de las transformaciones de esa diada desde la antigüedad griega hasta el mundo moderno, *vid.* Claus Offe, “La ‘barbarie’ moderna, ¿un microestado de la naturaleza?”, *Papers: Revista de Sociología*, núm. 84, 2007, pp. 21-45.

7 Hua Chen, “Civilización’ y ‘Barbarie’ en dos mundos: estudio comparado a propósito de Fa-cundo de Sarmiento y *Breve historia de la civilización*, de Li Boyuan”, tesis de doctorado, Universidad Autónoma de Madrid, 2017, p. 1.

injustificada).⁸ En la novela de Martré, esto se puede apreciar como una serie de tensiones entre discursos oficiales del régimen y discursos contrahegemónicos del movimiento estudiantil.

El segundo sentido, en cambio, alude a la interiorización de ciertas formas de autoacción (encarnadas en el *habitus*) y a la gestación de controles heterónomos que diferencian a los seres humanos de otras criaturas del reino animal. Mediante un sinuoso proceso civilizatorio que nunca deja de coaccionarnos, los seres humanos aprendemos desde la infancia a encauzar y regular nuestros impulsos innatos de acuerdo con la cultura y la sociedad en la que nos desarrollamos. El supuesto es que todos llevamos dentro a un bárbaro, al que siempre deben imponerse mecanismos disciplinarios que posibiliten vivir en sociedad.

Las personas incapaces de ello se deslizan hacia la barbarie: aparecen con frecuencia víctimas de sus pasiones e impulsos (aproximándose al salvajismo, a la bestialidad). Este segundo sentido puede apreciarse con claridad en las obras de Freud.⁹ En la sociología cultivada por Norbert Elias, ambas orientaciones de la dualidad civilización/barbarie se encuentran entrelazadas de manera muy estrecha: la primera, como una serie de vínculos nosotros/ellos; la segunda, en cambio, como parte de un proceso civilizatorio en el que se articulan controles heterónomos y autoacciones.¹⁰ Como se verá, es posible visualizar ambos sentidos en *Los símbolos transparentes*.

Ninguna sociedad logra extirpar plenamente la violencia de su seno, solo puede gestionarla. En la sociología figuracionista de Elias,¹¹ la violencia aparece tanto ligada a la civilización como a la barbarie, pero de modo diferenciado.¹² Al incrementarse el proceso civilizatorio, se hace

8 Norbert Elias, "Civilización y violencia", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 65, 1994, pp. 141-152.

9 Sigmund Freud, *Psicología de las masas*, Grupo Anaya, 2021.

10 Sobre este tema, la obra clásica aún es la magna obra de Norbert Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2015.

11 Para un mayor tratamiento de este concepto y de las razones por las que Elias denominó a su sociología como figuracionistas, *vid.* Eric Dunning y Stephen Mennell (eds.), *Norbert Elias*, 4 vols., SAGE Publications, 2003.

12 Norbert Elias, *Los alemanes*, México, Instituto Mora, 1999; "Civilización y violencia", *op. cit.*

presente una gradual tendencia a la monopolización y centralización del uso de la fuerza y del poder (ello puede propiciar la aparición de Estados vigorosos y una creciente pacificación del tejido social).

En ese escenario, la violencia suele presentarse como “sagrada” o creativa, propiciadora del orden social, fuertemente vinculada a una legitimidad socialmente compartida por la comunidad. Por el contrario, la violencia se manifiesta como “impura” o destructiva (ilegítima) cuando se entrelaza con los procesos de barbarización (o descivilizatorios) que llevan a la sociedad al ejercicio de una coacción descentralizada y fragmentada, así como a la erosión de las normas de convivencia y la ruptura del entramado social.¹³

Este artículo procura enfocar las dos direcciones del concepto de violencia en un intervalo pendular oscilante y no de manera dicotómica o excluyente, error en el que incurre René Girard en sus investigaciones. A veces, el péndulo se inclina hacia la violencia sagrada-creativa y, en otras, hacia la impura-destructiva, en una tensión permanente, donde solo el análisis empírico en cada caso nos puede revelar sus manifestaciones concretas. Es decir, en cualquier sociedad nunca existe una total civilización ni pura barbarie, sino formaciones sociales híbridas en las cuales siempre es posible observar aspectos de ambas.

Por lo cual, tanto del lado de la civilización como de la barbarie siempre es posible encontrar la irrupción de la violencia, pero su probabilidad es mayor en la segunda que en la primera. Por ello, en opinión de Elias, los procesos descivilizatorios (de barbarie) deben comprenderse como un creciente uso de coacciones violentas en el trato entre las personas y una constante inestabilidad de las instituciones encargadas de canalizar

13 René Girard, en sus investigaciones sobre el pensamiento mitológico, en las que polemiza con las dicotomías del racionalismo filosófico, afirma: “La metamorfosis física de la sangre derramada puede significar la doble naturaleza de la violencia. Algunas formas religiosas sacan un partido extraordinario de esta posibilidad. La sangre puede literalmente hacer ver que una única y misma sustancia es a la vez lo que ensucia y lo que limpia, lo que hace impuro y lo que purifica, lo que empuja a los hombres a la rabia, a la demencia y a la muerte, y también lo que los amansa, lo que les permite revivir [...] Los hombres no comprenden el secreto de esta dualidad. Necesitan diferenciar la buena violencia de la mala [...]”. *Vid. La violencia y lo sagrado*, Barcelona, Anagrama, 2005, pp. 44-45. Es decir, dicho en términos eliasianos, para poder orientarse en sus acciones los seres humanos deben distinguir la violencia sagrada (que posibilita la vida civilizada) de la violencia impura (que empuja hacia la barbarie).

la convivencia pacífica y el bienestar social.¹⁴ El análisis del movimiento del 68 mexicano permite apreciar las manifestaciones de algunas de esas tensiones: procesos de barbarización, incremento de la violencia e incapacidad de las instituciones para encauzar una gestión pacífica y civilizada de las demandas sociales. Por ejemplo, en el propio campo jurídico, en los expedientes judiciales abiertos por el Ministerio Público Federal (MPF) a los estudiantes detenidos y vinculados al movimiento del 68, se les perfila como bárbaros que obedecen a una conspiración comunista internacional para intentar derrocar al Estado por medio de la violencia.¹⁵

Los nexos entre racionalización, violencia y proceso civilizatorio se encuentran en el núcleo duro del programa de investigación trazado por Norbert Elias en su sociología figuracionista,¹⁶ a partir de la aparición de su magna obra, *El proceso de la civilización*, en 1939. Desde ese núcleo,

14 Elias, Los alemanes, *op. cit.*, pp. 208-209. Tanto Elias como sus seguidores suelen usar el concepto de barbarie y el de procesos descivilizatorios como sinónimos. *Vid.* Eric Dunning y Hughes Jason, *Norbert Elias and Modern Sociology: Knowledge, Interdependence, Power, Process*, Londres, Bloomsbury Publishing, 2013 (versión para Kindle).

15 Mediante un minucioso análisis de los expedientes judiciales del 68, José Ramón Cossío señala que el Estado usó las armas del derecho, “que, construidas y rodeadas del lenguaje de la justicia, de la neutralidad y el bien de todos, fueron aprovechadas para poder crear enemigos, mostrando abiertamente el uso faccioso que del derecho realizaba el propio poder”. *Vid. Biografía judicial del 68: el uso político del derecho contra el movimiento estudiantil*, México, Debate, 2020 (versión para Kindle), p. 17. Cossío agrega: “Esto es lo que detecto como patrón al hacer un corte transversal de los demasiados partes policiales. El enemigo está en proceso de construcción: siempre es comunista, conspirativo, destructor del gobierno y está vinculado con intereses extranjeros”, p. 97.

16 Mientras los enfoques sociológicos dominantes han dirigido su atención a la modernidad, el de Elias evoca una sociología de la condición humana, que remite con más profundidad a los entramados sociales. Su teoría de la civilización “es esencialmente una teoría del hombre, del hombre en plural y no en singular”. *Apud* Richard Kilminster, *Post-philosophical sociology*, Londres, Routledge, 2007 (versión para Kindle), p. 292. La aportación copernicana de Elias al saber sociológico radica ante todo en su incansable lucha para colocar la sociología en caminos que la alejen del pensamiento dicotómico (sujeto-objeto, individuo-sociedad...), centrado en la imagen del *Homo clausus* (persona cerrada y aislada) como base de la construcción del conocimiento, que en su opinión imperaba en la filosofía y en las ciencias sociales. En lugar del *Homo clausus*, Elias proponía partir de la verdadera condición humana: la imagen de los *homines aperti* (pluralidad de personas abiertas, orientadas recíprocamente en figuraciones, que siempre tienen ciertas formas de estructuración sociogenética y de historicidad). En ese sentido, véase una comparación entre el enfoque de Elias y el de Foucault, en Enrique Guerra, “El problema del poder en la obra de Michel Foucault y Norbert Elias”, *Estudios Sociológicos*, vol. XVII, núm. 49, enero-abril de 1999, pp. 95-120.

y como respuesta a sus detractores,¹⁷ Elias movilizó su pensamiento en diversas direcciones y ámbitos conectados con el proceso civilizatorio. Entre los temas destacan, por ejemplo, los equilibrios de poder entre establecidos y marginados, las relaciones entre los géneros, la teoría del conocimiento, la teorización de símbolos, ocio, deportes, literatura y escritura.¹⁸

El movimiento del 68

Enero de 1968 empezó con ánimo festivo ante la cercanía de los Juegos Olímpicos, cuya inauguración estaba programada para el 12 de octubre de ese año.¹⁹ Ello fue así hasta que en Ciudad de México el cuerpo de granaderos de la policía y los porros, alentados por las autoridades capitalinas, reprimieron a grupos estudiantiles de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Vocacional.²⁰ Además, esta situación se encuentra con jaloneos por la sucesión presidencial: el regente Alfonso Corona del Ro-

17 Un resumen de las críticas al enfoque sociológico de Elias, así como de las reacciones de él y de sus seguidores, aparece en Dunning y Mennell, *op. cit.*

18 *Idem.* Sobre las relaciones entre escritura y proceso civilizatorio en la sociología de Elias, *vid.* Raymundo Mier, “Norbert Elias, transfiguraciones de lo político: escritura, civilización e individuación”, en Valentina Torres (coord.), *El impacto de la cultura de lo escrito*, México, Universidad Iberoamericana, 2008, pp. 131-160.

19 Ariel Rodríguez Kuri refiere el ánimo festivo previo a los Juegos Olímpicos del siguiente modo: “El ambiente y el calendario olímpicos (propaganda, expectativas, temores, la propia olimpiada cultural) fueron creando no tanto las ‘condiciones’ como las sensibilidades de una parte del público local”, *vid.* *Museo del universo. Los juegos olímpicos y el movimiento estudiantil de 1968*, México, El Colegio de México, 2019 (versión para Kindle), p. 12. Y agrega: “La campaña publicitaria del Comité Organizador enfatizaba que los Juegos serían la ‘fiesta de todas las naciones [...]’, ‘la fiesta olímpica [adquirirá] la dimensión de una celebración total’”, p. 68.

20 Hay cierto consenso entre los estudiosos de que el gobierno provocó, mediante el uso de la violencia, las primeras agitaciones estudiantiles con la intención de encarcelar preventivamente a varios miembros de la izquierda, que según sus “fantasiosas interpretaciones” podrían provocar disturbios para deslucir los Juegos Olímpicos. Para ello solía aplicarse el artículo 145 y 145 bis del Código Penal Federal sobre el delito de disolución social. *Vid.* Raúl Álvarez, *La estela de Tlatelolco. Una reconstrucción histórica del movimiento estudiantil del 68*, México, Grijalbo, 1998, p. 39; Ariel Rodríguez Kuri, “Los primeros días. Una explicación de los orígenes inmediatos del movimiento estudiantil de 1968”, *Historia mexicana*, vol. 53, núm. 1, 2003, pp. 197-198.

sal quería ser candidato, al igual que el secretario de Gobernación, Luis Echeverría.²¹

El movimiento del 68 puede periodizarse en cuatro etapas. La primera es la de sus orígenes y comienza con los enfrentamientos violentos del 22 de julio de 1968 entre alumnos de las escuelas vocacionales 2 y 5 del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y de la escuela preparatoria Isaac Ochoterena, incorporada a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Nuevos enfrentamientos se suscitaron al día siguiente y provocaron que la policía ingresara a la Vocacional 5, con saldo de varios estudiantes heridos.

La mayoría de los estudiosos ubica los orígenes del movimiento en esos enfrentamientos estudiantiles y en la desmesurada intervención policial.²² El ingreso de fuerzas policiacas a las instalaciones universitarias y su excesiva rudeza provocaron que alumnos del IPN y de la UNAM se sintieran agraviados, dejaron de lado sus diferencias y se unieron para protestar.²³

La segunda fase fue de crecimiento y expansión del movimiento. Dio inicio el 1 de agosto con una tumultuosa marcha de más de 100 000 personas, encabezada por el rector de la UNAM, Javier Barros Sierra. La protesta fue motivada por el bazucazo, perpetrado por el ejército en la madrugada del 30 de julio, al edificio del Antiguo Colegio de San Ildefonso. Este edificio albergaba las preparatorias 1 y 3 de la UNAM.

El respaldo moral de las autoridades universitarias fue clave para que el movimiento recibiera el apoyo de muchas universidades e instituciones académicas dentro y fuera de la capital.²⁴ Las manifestaciones públi-

21 Cfr. Álvarez, *op. cit.*, pp. 29-48; Eugenia Allier, *Verdades innegables. por un México sin impunidad*, t. II, México, Secretaría de Gobernación/Comisión para el Acceso a la Verdad, 2024, p. 375.

22 Ramón Ramírez, *El movimiento estudiantil de México*, México, Era, 1969; Carlos Monsiváis, *Días de guardar*, México, Era, 1970; Álvarez, *op. cit.*; Allier, *op. cit.*; José Rivas y Rosa Vales, “La ciudad de México: el epicentro del 68 mexicano”, en Rivas *et al.* (coords.), *op. cit.*, pp. 77-112.

23 Sobre el fuerte sentido territorial-simbólico que tenían los espacios universitarios para la comunidad estudiantil y su estrecha vinculación con barrios aledaños, *vid.* Rodríguez, *op. cit.*, pp. 179-228.

24 Al respecto, *vid.* FEMSPP, *Informe Histórico a la Sociedad Mexicana*, México, PGR, 2006, p. 108, en <https://sitiosdememoria.segob.gob.mx/#005>. Sobre el amplio apoyo que recibió el movimiento en universidades de provincia, *vid.* Rivas *et al.* (coords.), *op. cit.*

cas de agosto y septiembre (cinco en total) se hicieron abrumadoras e imponentes, en especial la “marcha del silencio” del 13 de septiembre.²⁵ El respaldo popular también fue posible gracias a un febril trabajo de las brigadas estudiantiles de base, que no dejaban de hacer pintas, recaudar fondos, repartir propaganda, hacer mítines relámpagos en plazas, mercados y los más diversos sitios públicos. Esta fase expansiva terminó el 27 de agosto.

La tercera etapa comenzó el 28 de agosto y culminó el 2 de octubre. En este momento se agudizó la escala represiva del gobierno y terminó con la masacre de Tlatelolco. El ambiente durante la mañana del 2 de octubre era festivo y lleno de optimismo; los estudiantes creían que, pese a ser víctimas de incesantes atropellos, el gobierno accedería al diálogo. Este carácter estaba presente en el mitin de Tlatelolco, pero nunca imaginaron la represión con la que el régimen exhibió el carácter brutal de la “democracia mexicana”.

La cuarta etapa fue el declive definitivo. El 2 de octubre es prácticamente el final del movimiento. Continuó muy mermado hasta el 6 de diciembre de 1968, con la disolución del Consejo Nacional de Huelga (CNH), su principal órgano directivo creado a principios de agosto, una disminución muy sensible en sus filas y de la participación popular.²⁶ Desde entonces se han sucedido los relatos y estudios sobre el 68, pero en ninguno de ellos es posible encontrar cifras “definitivas” sobre el número de muertos, desaparecidos, heridos y prisioneros que dejó la masacre de Tlatelolco.²⁷

Cabe señalar que autoridades y medios nunca dejaron de atacar al movimiento también con una violencia simbólica (“disparos de papel” lo ha llamado Pablo Tasso).²⁸ Gustavo Díaz Ordaz se refería a sus integrantes

25 Rodríguez, *op. cit.*, pp. 179-228; Sergio Zermeño, *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*, México, Siglo XXI Editores, 1978, p. 29.

26 Allier, *op. cit.*, pp. 291-293; FEMSPP, *op. cit.*, pp. 87 y ss.; Álvarez, *op. cit.*, pp. 126 y ss.

27 El 4 de octubre de 1968, *Excélsior* mencionó 30 muertos; el CNH reportó en 1969 cerca de 150. Allier, *op. cit.*, p. 293. Empero, como señaló la FEMSPP en su informe de 2006, quizá nunca sepamos la cifra real: “No se puede establecer un número de muertos para el 2 de octubre. Se han recibido reportes que señalan hasta 350 muertos”. FEMSPP, *op. cit.* p. 140.

28 Para una buena síntesis de las formas que asumió esa violencia simbólica, *vid.* Pablo Tasso, “Días de narrar. La prosa oficial de 1968”, *Historia Mexicana*, vol. LXVI, núm. 2, 2016, pp. 853-903.

como “vándalos” y “bárbaros” que hacían peligrar el orden social. Esa violencia simbólica iba preparando el camino para el uso de una violencia física a mayor escala.

Primero, se estigmatiza a los disidente con la violencia simbólica como entes bárbaros, casi animales (deshumanización). Luego, se les hace merecedores de violencia física, como única medida para disciplinarlos y hacer imperar la ley en nombre de una sociedad que se dice civilizada. El eje sobre el que se montaba la argumentación de Díaz Ordaz era el de representar a los estudiantes como personas incapaces controlar sus impulsos primitivos.²⁹

El movimiento estudiantil fue aplastado el 2 de octubre de 1968, pero no derrotado políticamente. Como desde las cenizas, desde la violencia resurgieron los valores originarios del movimiento, persistieron y se expandieron. Influyeron en sus familias, sus escuelas, sus centros de trabajo y la sociedad entera. Surgieron múltiples formas de lucha (obreras, rurales y de todo tipo, incluyendo las guerrillas, que cobraron otra dimensión, pero sobre todo la apuesta por la democracia política).³⁰ La voluntad y la idea del cambio se hizo irrefrenable y lo impregnó todo.³¹ Al calor del movimiento se había forjado así un nuevo *habitus*, que puede llamarse libertario, reacio a ser encapsulado por el régimen autoritario.

29 Véase, por ejemplo, el exceso de adjetivos descalificadores en el informe presidencial del 1 de septiembre de 1968, citado por la FEMSPB, *op. cit.*, pp. 97-98.

30 Varios estudiosos de los movimientos sociales han señalado que una constante en la percepción del Estado mexicano, entre la posguerra y 1990, ha sido la de verlos no como una respuesta a fallas estructurales del modelo de desarrollo adoptado (un reclamo de mayor justicia e inclusión social, política y económica), sino “como insurgencias movilizadas desde el exterior que ponían en peligro la estabilidad de la nación”. Allier, *op. cit.*, p. 351. *Vid.* Irving Reynoso y Uriel Velázquez (coords.), *Senderos de lucha. Las izquierdas mexicanas durante la época de la Guerra Fría*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 2023; Fernando Herrera y Adela Cedillo (eds.), *Challenging Authoritarianism in Mexico. Revolutionary Struggles and the Dirty War, 1964-1982*, Nueva York, Routledge, 2012; Ariel Rodríguez Kuri, *Historia mínima de las izquierdas en México*, México, El Colegio de México, 2021.

31 Como señaló Carlos Fuentes, el 68 tuvo varios significados, pero “en primordial lugar, 1968 significó un enorme despertar de las fuerzas cívicas de México. Esto fue notorio en todos los sectores de nuestra vida”. Carlos Fuentes, “La disyuntiva”, en *Tiempo mexicano*, México, Penguin Random House, 2021, p. 157.

Los símbolos transparentes

Gonzalo Martré, seudónimo de Mario Trejo González (Metztitlán, Hidalgo, 1928), era director de una escuela preparatoria de la UNAM en 1968. Se involucró activamente en el movimiento estudiantil en una brigada de maestros y presenció la masacre de Tlatelolco. Estudió ingeniería química en la UNAM. Fue presidente de la Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía en el período 1996-1998, y guionista por nueve años de la historieta mexicana *Fantomas*.

Escribió más de 30 obras, que incluyen crónica, cuento, ensayo y novela,³² pero *Los símbolos transparentes* (en adelante, LST), escrita a finales de 1973, es la más emblemática. En 1974, Martré la envió al Concurso de Novela México, convocado por la editorial Novaro. Tras un reñido debate del jurado, obtuvo el segundo lugar; el primero fue para *Los relámpagos de agosto*, de Jorge Ibargüengoitia. Ello aseguraba la publicación de ambas novelas.

Sin embargo, dadas las críticas hacia el régimen en LST, Novaro se negó a publicarla.³³ Luego de ser rechazada en varias editoriales por las mismas razones, finalmente Cinco Siglos se animó a publicarla en 1978. Se convirtió en un éxito de ventas y desde entonces ha tenido 10 ediciones, la última en 2013 por Alfaguara.³⁴ La recepción de la novela —cuya primera edición se agotó en un mes— osciló desde notas elogiosas, al ser considerada la mejor del ciclo de novelas del 68, hasta críticas negativas.³⁵

32 Martré suele escribir “desde la carne, desde las pulsiones básicas y no desde algún dogma o principio moral. Sobrepone lo vital, lo carnavalesco, al bien o al mal”. Llegó a decir: “La lectura del *Satiricón* de Petronio me convenció de que ese era mi camino [...] Pero no puedo dejar olvidada *Gargantúa y Pantagruel*. Cuando la leí, quedé impactadísimo con Rabelais”. Apud Carlos Gómez, “De literatura, amores y caifanes. Entrevista con Gonzalo Martré”, *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 37, 2012, pp. 336-337.

33 Gómez, *op. cit.*, pp. 7150-7217.

34 Sintomáticamente, en 2001 Conaculta la editó en su colección Letras Mexicanas, coincidente con el final del régimen priista y la creación de la Fiscalía para la Investigación de Crímenes del Pasado. En <https://documentos.morula.com.mx/wp-content/uploads/2013/05/LOS-SIMBOLOS-TRANSPARENTES-texto-debajo-de-imagen.pdf>.

35 Por ejemplo, en su reseña Adolfo Castañón calificó la novela de “pornografía política” y a su autor de “pornógrafo de la violencia”. Pero como señala Carlos Gómez (*op. cit.*, p. 7482), Castañón no demuestra o ilustra sus argumentos y se queda en un ataque visceral.

Estructura de Los símbolos transparentes

Martré retomó el significativo título de su novela de una frase de Octavio Paz en *Posdata*, con la que el poeta enfatizaba que, al lado de nuestra historia visible, hay una invisible, simbólica y arquetípica: la continuidad de la violencia como hilo conductor de la dominación. Una violencia que tiende a repetirse y que se remonta a la metáfora de la pirámide azteca de los sacrificios, la cual hizo suya la Colonia y el México independiente. “Ese hilo no se ha roto: los virreyes españoles y los presidentes mexicanos son los sucesores de los tlatoanis aztecas”.³⁶

Los acontecimientos del 2 de octubre en Tlatelolco mostraron con claridad esa historia: “Esa tarde la historia visible desplegó, a la manera de un códice precolombino, nuestra otra historia, la invisible. La visión fue sobrecogedora porque los símbolos se volvieron transparentes”.³⁷ Para Paz, el 2 de octubre posibilitó que se rompiera la tradicional alianza entre intelectuales y el poder, construida desde la revolución de 1910 y prolongada por las necesidades del espejismo del desarrollo de la posguerra.

Como mostró en *El laberinto de la soledad*, ello llevó a que los intelectuales adquirieran un espíritu cortesano e incurrieran en prácticas corruptas.³⁸ El 68 permitió recuperar su vocación crítica: “Por eso creo que la crítica de México y de su historia —una crítica que se asemeja a la terapéutica de los psicoanalistas— debe iniciarse por un examen de lo que significó y significa todavía la visión azteca del mundo”: la crítica de la pirámide.³⁹

En cambio, el principal objetivo para Martré es poner en duda todos los discursos, tanto el oficial como el de los intelectuales, e incluso el de

36 Octavio Paz, “Postdata (1969)”, en *El laberinto de la soledad*, México, El Cavernas, 2015 [ePub], p. 301.

37 *Ibid.*, p. 297.

38 Paz enfatizaba en “Posdata”: “Puede decirse que el movimiento estudiantil y la celebración de la Olimpiada en México fueron hechos complementarios: los dos eran signos del relativo desarrollo del país [signos civilizatorios]. Lo discordante, lo anómalo y lo imprevisible fue la actitud gubernamental”. *Ibid.*, pp. 256-257.

39 *Ibid.*, p. 308. Paz veía al régimen atrapado por dos cárceles: la de sus propias palabras vacías de la retórica de la revolución y la “cárcel, más real, que lo envuelve y paraliza: la de los negocios e intereses de los banqueros y financieros. Restablecer la comunicación con el pueblo [en 1968] hubiera significado recobrar autoridad”. *Ibid.*, pp. 254-255.

los propios actores del movimiento. Había que desconfiar de todo y, a la vez, abrirse a la polifonía de voces de los protagonistas de los sucesos para estimular al lector a formarse su propia opinión. El recurso de la sátira parecía la mejor manera de hacerlo. En opinión de Kriza, la empleada por Martré es una sátira degenerativa:

...[que] tiene la tarea de cuestionar a la clase política y a las autoridades y de esta manera deslegitimarlas [...] [Pues, las] sátiras degenerativas revelan “su” verdad sin saberla, sin anunciarla, simplemente por el hecho de que desenmascaran la dinámica de la construcción de narrativas. Para su interpretación es necesario comprender que su poder no yace en la mimesis, en su manera de imitar la acción, sino en su diégesis, sus estrategias narrativas. Así contrasta este tipo de sátira con aquellas (ya sean subversivas o generativas) que muestran “su” versión de la verdad [con un sentido moral o edificante]: la sátira degenerativa pone en duda que “la verdad” pueda ser transmitida.⁴⁰

La novela está dividida en cuatro capítulos y tiene tres planos: los dos primeros capítulos orbitan en torno a un excesivo banquete de la clase política en 1969, en vísperas del destape del candidato a la presidencia de la República. El tercero recorre las vicisitudes del movimiento entre el verano y el otoño de 1968, desde los testimonios de seis jóvenes brigadistas.⁴¹ El cuarto ofrece la narrativa del destino final de los protagonistas sobrevivientes a la emboscada de Tlatelolco, vistos desde 1973.

40 Eliza Kriza, “Un análisis de *Los símbolos transparentes* como sátira degenerativa de la masacre estudiantil de Tlatelolco”, *Literatura Mexicana*, vol. xxix, núm. 2, 2018, pp. 91-92.

41 Martré declaró: “Ninguno de los libros escritos en torno a los sucesos de 1968 abarca la visión de los jóvenes que los hicieron posibles. Mi novela *Los símbolos transparentes* cede la palabra a los protagonistas del movimiento... Su palabra, su relato, su sangre, nos dan una visión de los vencidos...”. *Apud Gómez, op. cit.*, p. 7500. La mayoría de las brigadas estudiantiles estaban compuestas por jóvenes de las escuelas preparatorias y vocacionales, cuyas edades oscilaban entre los 15 y los 18 años. Ellos eran el principal músculo del movimiento. Sergio Zermeño distingue a otros dos sectores: el de los profesionistas y el de la izquierda política universitaria. Pero el de los jóvenes era su base más numerosa y eficiente. Fueron ellos los que más estaban expuestos a las agresiones de las fuerzas del orden. Zermeño, *op. cit.*, pp. 37-38; Rodríguez, *op. cit.*, pp. 183-185. Martré, en su calidad de director de una preparatoria, los conocía de cerca y, dadas sus dotes literarias, estaba bien capacitado para recuperar su experiencia.

La novela da cuenta de la brutalidad del régimen mediante el relato de seis jóvenes estudiantes de una escuela vocacional del Politécnico, integrantes de la Brigada Lucio Blanco, y otros personajes vinculados con ellos. También revela la compleja composición del movimiento estudiantil, con especial referencia a las bases de brigadistas que casi no aparecen en la famosa crónica de Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, más centrada en las voces de los líderes del CNH. Además realiza una valoración crítica de una gama de personajes que convergieron, con diversos propósitos, en los acontecimientos de la Plaza de las Tres Culturas (políticos, generales, agentes de seguridad, maestros, estudiantes, familias).

Más no busca tanto ofrecer testimonios de los hechos, sino revelar las tergiversaciones de los discursos oficiales y personales en el transcurso del tiempo. Eliza Kriza advierte que exhibir las mentiras de los personajes podría interpretarse como una falta de respeto a las víctimas del 68 si no se repara en que se trata de una sátira. Cualquier persona puede terminar haciendo reinterpretaciones de su pasado para vanagloriarse y formar parte de un sistema corrupto.⁴²

Además del recurso satírico, Martré emplea la técnica del “efecto fotográfico, de imágenes fragmentadas”, que inició Mariano Azuela y perfeccionó Juan Rulfo en *Pedro Páramo*,⁴³ la cual consiste en relacionar imágenes diversas que al irse uniendo forman un mosaico. Como señala Carlos Gómez, ello es muy visible en el capítulo tres, donde las imágenes fragmentadas que aparecen en la narrativa proporcionan una visión panorámica de los diversos ángulos desde el cual puede observarse al movimiento estudiantil del 68.⁴⁴

Civilización, violencia y barbarie en Los símbolos transparentes

Martré incita al lector a la carcajada y la risa en su novela con su estilo satírico, salvo en su relatoría de los hechos de Tlatelolco. Interpreta al régimen autoritario del PRI como el principal detonador de la corrupción y

42 Kriza, *op. cit.*, pp. 107-108; Gómez, *op. cit.*, p. 7482 y ss.; Young, *op. cit.*, pp. 79-80.

43 Al respecto, *vid.* Antonio Castro Leal, “Introducción a la Novela de la Revolución mexicana”, en *La novela de la Revolución mexicana*, México, Aguilar, 1969; Carol D’Lugo, *The Fragmented Novel in Mexico: The Politics of Form*, University of Texas Press, 1997.

44 Gómez, *op. cit.*, p. 7517.

de prácticas violentas que penetran a toda la sociedad mexicana. El relato de los negocios turbios y del modo de vida exultante de la clase política es probable que le suscite sentimientos de repugnancia al lector, al igual que el de la corrupción de empresarios y periodistas (Espadosky, Barril Gómez y otros personajes parodian a periodistas reales que se dejan sobornar; su lema, como dice Barril Gómez, es “si yo no tomo lo que hay [chayotes], lo tomaré otro”).

Esos rasgos del régimen ya aparecían en las dos primeras novelas de Carlos Fuentes, *La región más transparente* (1958) y *La Muerte de Artemio Cruz* (1962), pero en sus personajes aún hay espacio para los escrúpulos y la desazón moral que suscitaba esa situación.⁴⁵ En cambio, en LST se representan de manera más descarnada y cínica. La traición a los ideales de la revolución ya no causa remordimiento en la élite política o un sentimiento sincero de que algo se haga para mejorar al país y a la sociedad, sino que sus personajes aparecen como una parodia, con un discurso totalmente vacío.

La única meta de los políticos (“Caballeros Ratas”, se les llama en la novela) y altos burócratas es buscar cómo enriquecerse a toda costa. La corrupción es el cemento que une a todos, desde el humilde policía de calle hasta el presidente de la República. Por ello, el movimiento del 68 es interpretado por la élite en el poder como un atrevimiento inconcebible de jóvenes descarriados y manipulados por fuerzas oscuras dentro y fuera del país, que pretende interrumpir la fiesta civilizatoria de la Revolución, “la bendita revolución”.⁴⁶

45 Al respecto, *vid.* Steven Boldy, “De la afrenta al melodrama: la familia, la violencia y el crimen en las últimas obras de Carlos Fuentes”, *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 28, núm. 2, 2012, pp. 243-263.

46 Por ejemplo, en una entrevista periodística Octavius, secretario de Economía, declara que, gracias a la visión del presidente de la República, “contemplamos satisfechos cómo va quedando atrás esa difícil etapa del subdesarrollo para entrar francamente al concierto de los países altamente desarrollados”. Y, refiriendo su actitud ante el movimiento estudiantil del 68, celebra su “valentía al tratar los problemas que algunos descastados quisieron imponerle para obstaculizar su prístina trayectoria, cortándolos limpiamente para despejar de pedruscos el camino de la paz, del amor y del progreso”. Martré, *op. cit.*, p. 1609. Esa es su visión de la fiesta civilizatoria posrevolucionaria. En adelante, dado que todas las citas pertenecen a la misma obra de Martré, solo se proporcionará el número de página correspondiente.

La imagen de esos políticos sin escrúpulos queda ilustrada con la trayectoria de Octavius (alias La Marrana). Luego de haber sido activista sindical y un idealista profesor rural, en lucha contra el cacicazgo de Gastón N. Santos en San Luis Potosí, a medida que asciende a banquero y político engorda de manera desproporcionada su cuerpo (de ahí su apodo), indicio de lo asqueroso y corrupto que es el sistema. En LST hay una animalización de la política y de los políticos (empezando por sus apodos: Chango, alias del presidente de la República, Los Caballeros Ratas, entre otros).

El discurso empleado por los hombres en el poder es el de la revolución (nacionalismo, desarrollo, justicia social), pero la novela muestra repetidamente el cinismo de ese discurso con la conducta real de los personajes. Una representación de ello es el derroche en un excesivo banquete para más de 10 000 invitados que La Marrana, en su calidad de secretario de Economía, ofrece en su mansión octaviana la Ciudad Feliz, ubicada en Cocoyoc, Morelos. El presidente de la República estaba invitado al banquete (figura en la novela con el nombre de Gedeón), pues se esperaba que La Marrana fuera destapado como candidato en la sucesión presidencial.

Al banquete acudieron tres padres de estudiantes víctimas del 68 que, sin conocerse entre sí, se hicieron contratar como sirvientes porque sabían que asistiría el Chango y querían aprovechar la oportunidad para asesinarlo. Su esperanza fue vana, pues el presidente dejó plantado a La Marrana. Al día siguiente eran los únicos en la residencia y su tarea era limpiar la enorme basura dejada en la mansión por los comensales.

Los tres deciden dejar para el día siguiente la limpieza y acuerdan armar su propia fiesta con los desperdicios y las sobras. Así queda simbolizado el carácter excluyente de la fiesta del desarrollismo mexicano: banquete para la élite y sobras para los desfavorecidos. Al revolver la basura, los tres sirvientes encuentran botellas de champaña, se preguntan por qué brindar y acuerdan “por los muertos y por los tuertos”.

Mario, papá de Víctor, les dice a Simona (mamá de Andrés) y a Epifanio (papá del Pifas), en referencia a los acontecimientos de Tlatelolco: “Mi compadre Luis me recomendó con un capitán del batallón Olimpia y vi muertos amontonados en pilas y en camiones; tuve la paciencia de examinarlos, pero nunca encontré a Víctor [...] Jamás regresó y lo di por

muerto”. Sin embargo, Mario ignora que su hijo entró en la clandestinidad guerrillera.

Entonces juró matar al Chango, pues este dijo “que el único responsable era él”. No entiende por qué, si existen otros medios para “convencer o reprimir”, “el Chango escogió el definitivo, el brutal” (p. 1419). En un sentido similar, en el primer capítulo cada uno de los padres relata sus agravios. A Simona, quien se ganaba la vida como prostituta y sirvienta, le mataron a su hijo. A Epifanio, humilde zapatero de extracción indígena, se lo torturaron y dejaron tuerto, con los testículos destruidos.

El título del capítulo II, “Sus satánicas majestades”, alude a la clase política que se da cita en la mansión de Octavius. La narración del capítulo transcurre desde la perspectiva de una serie de grabaciones de audio de dos espías norteamericanos que se filtraron a la fiesta, Mack y Bart, y desde la voz de dos periodistas que acudieron a cubrir el evento: Quiñones y Cendejas. En ellas se aprecian comentarios de comensales que hablan de negocios turbios, en su mayoría políticos y hombres de negocios, quienes han aprovechado el aparato público y sus conexiones para enriquecerse; adulaciones a Octavius y autoelogios exagerados de este en varios discursos, que incluyen poemas y loas a la revolución, a su carrera política y al presidente Gedeón.

Hay detalles que evidencian el carácter turbio del anfitrión, como el origen del vino servido durante la fiesta: fue adquirido en el mercado negro y no es original. Las voces recogidas en los audios indican que la transa parece ser la especialidad de casi todos los comensales: saqueo al tesoro de la nación, corrupción, ambición sin límites.⁴⁷ Uno de los periodistas le dice a su colega: “Todo el mundo está ocupado en la transa. La planean, la cachondean, la miman, la poseen, la gozan y la usufructúan. No hay alma en este comelitón que no esté pensando cómo transar hoy o mañana, o en este instante” (p. 2439).

El banquete concluye cuando se filtra el rumor de que Gedeón no asistirá y que en realidad se fue a comer a la casa de San Jerónimo de Luis Echeverría. En 15 minutos ocurre la desbandada: todos quieren preci-

47 El propio Epifanio sueña con que Octavius le consiga un modesto puesto de barrendero que lo lleve a salir de pobre y sea su plataforma para escalar en la burocracia, pues con uno de sus vecinos ocurrió así. La novela es satírica en todas direcciones.

pitarse a la casa de Echeverría porque saben que ha sido ungido por el dedazo y sienten que sus carreras políticas peligran por haber estado con La Marrana. Solo se quedan en la fiesta agonizante 12 personas, los más fieles seguidores de su majestad La Marrana, quien decide poner fin al evento tras romper una de las 500 piñatas que tenía preparadas con regalos costosísimos, que incluían relojes de lujo o diamantes.

Después de haber satirizado a la clase política y empresarial que se dio cita en la mansión de Octavius, Martré narra en el capítulo tres las peripecias de “La Brigada Lucio Blanco” (Brigada-LB) durante los meses que duró el movimiento. Esta fue formada por seis estudiantes del politécnico: Andrés y Rosa, quienes mueren en Tlatelolco; Víctor y Humberto, a los que sus padres dan por muertos, pero que entraron a la clandestinidad guerrillera; por su parte, Saúl y el Pifas logran sobrevivir y regresan a sus vidas ordinarias tras la masacre.

Martré refiere la forma en que se vivió el movimiento y la represión desde la experiencia de cada uno de los integrantes de la brigada, encargada de volantear, hacer pintas, conseguir fondos para la causa, entre otras tareas. También aparecen voces de una diversidad de figuras, como soldados, policías, funcionarios o ciudadanos. A pesar del estilo satírico de la obra, este capítulo puede considerarse la parte más solemne o menos satírica.

Los acontecimientos están narrados de forma más cercana al género de la tragedia que al de la sátira. No se deja de enfatizar el tono soñador, idealista y comprometido que adopta la mayoría de los integrantes del movimiento. Su fe en la vía del diálogo público y en que están abriendo un nuevo camino para hacer más civilizado a su país, menos corrupto, con un régimen menos brutal y autoritario.

Se narran varias escenas de barbarie previas a la tragedia del 2 de octubre. Por ejemplo, la pelea de julio entre estudiantes de la preparatoria particular Ocheterena y la Vocacional 5 en la Ciudadela, que dio lugar a la intervención de los granaderos, detonante del movimiento del 68, interpretada por Martré como una reacción contra la barbarie (pp. 4339-4395). La incursión policiaca en la Vocacional 7: “Veinte depredantes minutos convierten en ruinas la moderna escuela” (p. 3501).

En los diversos enfrentamientos durante ese mes entre estudiantes y granaderos en diferentes zacapelas hasta el bazucazo de San Idelfonso

hubo ya 32 muertos y 200 heridos (p. 4554). El jefe de la Brigada-LB, Humberto, logra infiltrarse en un grupo de porros y escucha al anciano director general de enseñanza preparatoria de la UNAM “aconsejando la masacre de alumnos y maestros”. Al día siguiente, mientras desayunaba, oye a su padre, un funcionario bien colocado en el gobierno, lamentarse de la baja preventa de boletos para los Juegos Olímpicos. Piensa que el circuito de la barbarie estaba ligado de un modo u otro al circuito del dinero y a la acumulación de riqueza, con complicidades dentro y fuera de la universidad.

La novela no descuida el decepcionante papel de los medios y de muchos intelectuales. Así, paradójicamente, el poeta Salvador Novo denuncia las represiones estudiantiles en países del Cono Sur, como Argentina, pero en una conferencia en la Casa del Lago dice que “en México no hay gorilismo” (p. 4086).

Los medios mostraban un carácter servil. Exhibían las represiones a estudiantes en otros países, como Bolivia, pero escondían o minimizaban lo que pasaba en México. Incluso se muestra a un locutor (Pedro Ferriz) señalando irónicamente que la venta de guantes blancos aumentó después del 2 de octubre para la “gente bonita”, en clara alusión al Batallón Olimpia (p. 3433). De manera satírica, el guante blanco es exhibido como símbolo de barbarie y, a la vez, de la alta sociedad “civilizada”.

Desde una polifonía de voces, es rica la reconstrucción de las emociones y los sentires de los actores del movimiento estudiantil: emergencia de *habitus* carismáticos libertarios, forjados al calor del furor de la lucha, expresados en sus canciones, recitaciones, mítines (pp. 3766 y ss.).⁴⁸ Así, un profesor encerrado en una cárcel atestada de otros universitarios apresados tras la toma de Ciudad Universitaria (CU) por el ejército propone a los demás reflexionar sobre lo que están viviendo y dice:

Lo único que los universitarios deseamos es que el gobierno respete los más elementales derechos [...] y cuando defendemos

48 El concepto de *habitus* denota las predisposiciones (o los esquemas encarnados) de las personas para pensar, sentir y actuar. Se trata de una categoría acuñada e introducida a la sociología en 1939 por Norbert Elias, en *El Proceso de la civilización*, *op. cit.*, aunque fue Pierre Bourdieu quien más lo popularizó. Para una comparación entre ambos autores, *vid.* Mart-Jan de Jong, “Elias and Bourdieu: The Cultural Sociology of two Structuralist in Denial”, *International Journal of Contemporary Sociology*, vol. 38, núm. 1, abril de 2001, pp. 64-86.

estos derechos, cuando tratamos de impedir que los maestros y alumnos sean golpeados, las aulas y laboratorios destruidos, entonces el gobierno trata de desvirtuar nuestra posición y lanza sus ataques refiriéndose a algo que nosotros nunca proclamamos, y usa un lenguaje oscuro, totalmente deformado, para justificar sus actos bárbaros de corte netamente fascista (p. 4774).

Aquí se puede apreciar una vez más en Martré el juego pendular entre luces (brillo de los derechos constitucionales a los que apela el movimiento) y sombras (lenguaje oscuro y deformado del gobierno para justificar su barbarie). Y, al referirse a un contingente normalista que marchó hacia el centro del Zócalo, enfrentándose a un contingente de soldados, dice: “Como una flecha, sin desviarse un centímetro, aquella pequeña columna de valientes, entonando el himno normalista, cultura contra barbarie, siguió de frente” (p. 6261).

Cultura contra barbarie es uno de los hilos centrales de la novela: así interpreta todos los acontecimientos del 68. De hecho, en voz del “ilustre sociólogo Ramírez Vázquez”, la novela resume los grandes momentos de barbarie de la represión gubernamental en cada sexenio, desde los años cuarenta hasta los sesenta (pp. 4794-4836).

Martré ubica la primera acción violenta por parte del ejército contra el movimiento, ya formalmente organizado (con la creación del CNH el 2 de agosto), cuando se usa la fuerza para aprehender y disolver una guardia estudiantil en la Plaza de la Constitución, luego de la gran manifestación del 27 de agosto. Era la primera vez que una marcha estudiantil lograba llegar al Zócalo (siempre reservado para rituales oficiales del régimen), en desafío a todas las prohibiciones. En adelante, “todos los actos posteriores del gobierno se rigen por la misma técnica: se continúa con la persecución, la aprehensión y las golpizas con cadenas contra los estudiantes que participan en las brigadas de difusión” (pp. 3100-3102).

La novela ofrece escenas en las que describe la forma en que el movimiento también se valió de una violencia “sagrada”,⁴⁹ reactiva. Ejerció su derecho a responder a las agresiones con lo que pudiera: piedras, pa-

49 Sobre el concepto de violencia sagrada, *cfr.* la nota 13. También *vid.* Walter Benjamin, *Para una crítica de la violencia*, Buenos Aires, Leviatán, 1995.

los, varillas de acero, cadenas, cuchillos, bombas molotov.⁵⁰ Sin embargo, enfatiza que imperó más su vocación pacifista (*habitus* civilizatorios): el mejor ejemplo de ello fue la gran marcha del silencio.

Luego del informe presidencial del 1 de septiembre, en el que Gedeón acusa a los integrantes del movimiento de “vándalos”, “violentos” e incapaces de controlar sus “bajas pasiones”, los estudiantes responden el día 13 con una magna manifestación silenciosa, inspirada en el movimiento pacifista de Gandhi en India.⁵¹ Fue la mayor en la historia del país hasta ese momento, con lo que desmiente esas palabras, pues más de 200 000 personas marcharon en completo orden y en absoluto silencio, haciendo la señal de la victoria con la mano izquierda levantada.

Después, de manera informal, las autoridades nombraron una comisión para iniciar el diálogo con los estudiantes. Empero, el día 18, cuando el CNH se disponía a discutir esta propuesta, el ejército penetró en Ciudad Universitaria. Cientos de personas fueron aprehendidas “sin ningún motivo legal, puesto que la razón aducida era que esas personas poseían un arsenal en la Universidad y lo que encontraron fue una caja de Coca Cola” (p. 3099). Poco después tomaron a bayoneta calada el Casco de Santo Tomás, “en un ataque criminal, con un saldo pavoroso de muertos y heridos” (p. 3107). Según el parecer de Martré, todo ello son indicadores de que el gobierno nunca tuvo una verdadera voluntad de dialogar con los estudiantes para resolver el conflicto de manera pacífica (apostar al camino civilizatorio).

La actividad de los brigadistas, ilustrada con la Brigada-LB, se tornó frenética pese a las corretizas de la policía: hacen pintas en camiones y bardas, volantean, recaudan fondos para el movimiento, organizan mítines relámpago. Hubo cierto apoyo de la ciudadanía, pero la gran mayoría no se acerca: “La indiferencia, ese gran enemigo a vencer, ese monstruo de rostro de piedra, ha resultado, con el tiempo, más poderosa que el

50 De hecho, fue esa ferocidad estudiantil, apoyada por grupos de vecinos de los barrios cercanos a las escuelas, jóvenes ajenos a los recintos escolares y pandillas urbanas, a quienes los unía el odio al autoritarismo y a los atropellos policíacos, la que no en pocas ocasiones hizo recular a los granaderos (cuerpo de la policía metropolitana para controlar y reprimir multitudes) e hizo necesaria las intervenciones del ejército en diferentes momentos antes del 2 de octubre, desde fechas tan tempranas como el 30 de julio. Rodríguez, *op. cit.*, pp. 189-191.

51 Para más detalles de la marcha silenciosa, *vid.* Zermeño, *op. cit.*; Álvarez, *op. cit.*

gobierno. Ni los asesinatos ni las persecuciones, ni las amenazas han logrado quebrarla. La gran masa inerte no se conmueve, no se altera ni se preocupa” (p. 5071). Un orador del CNH dice en el mitin del 2 de octubre:

[...] la continua represión contra el Movimiento para desorganizarlo y finalmente ahogarlo en sangre demuestra con claridad que la violencia es la forma de actuar del gobierno. La lucha ha sido armas y represión por parte del gobierno, contra libros y razón por parte del estudiantado. Compañeros, no debemos cejar en nuestra lucha democrática, nuestro lema es y será: ¡Hasta la victoria siempre! (p. 3117).

Andrés, miembro de la Brigada-LB, quien llegó temprano al mitin de Tlatelolco, piensa: “Quién pintaría en el pedestal plaza de los tres gorilas cueto mendiolea y no le alcanzó la pintura para el último a quién pondría yo a corona del barril a garcía barbaján o porfirio díaz ordaz ni a cual escoger” (p. 3120).⁵² Después vinieron las luces de bengala desde un helicóptero y se desató la represión y el caos en la multitud.

Un reportero logra capturar con su cámara imágenes de la masacre: “Los niños muestran agujeros sangrantes, las bayonetas buscan cobijo en el vientre de las mujeres, vuelan los cráneos destrozados, las ametralladoras escupen muerte y destrucción, los oficiales dictan órdenes de exterminio. En ella la muerte está retratada en sus formas más violentas y crueles” (p. 5527). El capítulo tres termina con las siguientes palabras dedicadas al Pifas, a quien un soldado lleva a rastras hacia una ambulancia, luego de haber recibido varios culatazos que lo dejaron sangrante y sin un ojo: “La ambulancia parte, lo acuestan y antes de perder el sentido, raudo, muy raudo pasa ante el ojo sano, un enorme cartel olímpico de color rosa que proclama al mundo entero, el lema del 68. ¡Todo es posible en la paz!” (p. 5580).

En el último capítulo, Víctor y Humberto aparecen en la clandestinidad. El primero, en la guerrilla urbana de Guadalajara, y el segundo, en la rural de Lucio Cabañas en Guerrero. En el verano de 1973, Víctor viajó a San Miguel de Allende y de manera accidental se encuentra con Saúl y

52 Los nombres propios están con minúscula en el original.

el Pifas. Víctor intenta convencer a sus compañeros de que se sumen a la guerrilla, pero sus esfuerzos son en vano.

Saúl, quien con frecuencia hace largas estancias en San Miguel para participar en lupanares, quiere seguir con su vida hedonista que la riqueza de su papá le permite. El Pifas, empleado de un rancho como cuidador de caballos, pretende probar mejor suerte que su padre. Así, para Martré el dilema que se les presentaba a los sobrevivientes del movimiento no solo era entre violencia revolucionaria versus democracia, como ha afirmado la mayor parte de la literatura sobre el 68, sino entre vida armada o vida hedonista (acomodo al sistema).

Si bien la novela tiene por centro los sucesos trágicos del 68, el capítulo dirige también sus dardos críticos hacia los propios sobrevivientes del movimiento al presentir que mienten, pues la memoria es falible. No es que la novela quiera dar la razón al discurso oficial o negar la matanza del 2 de octubre, sino que busca evidenciar lo complejo que es conocer la objetividad de los hechos. Como dice Víctor: “Resulta que todo el mundo estuvo el 2 de octubre en Tlatelolco; no hay tipo que conozca que tarde o temprano no salga con que estuvo ahí; con ellos puedo llenar el Estadio Azteca” (p. 6051). Pues “honradamente, ¿quién sabe toda la verdad?” (p. 6192).

Además, inquiere Saúl, quien ya casi no se acuerda de sus compañeros: “¿Hay algo comparable a la crueldad del tiempo que mata hasta el recuerdo de los seres queridos?” (p. 5946). Con ello, la obra indica lo frágil que puede ser la memoria. Víctor, quien no se da por vencido en su esfuerzo por convencer a Saúl y al Pifas, da un puñetazo en la mesa del bar en el que se encontraban reunidos y enfatiza: “Mejor perder la vida [luchando con las armas] que la dignidad [...] pensando en el culo de las gringas”, como lo hace Saúl en San Miguel. O, dirigiéndose al Pifas, “sirviendo de lacayo a la oligarquía, la misma que te sacó el pinche ojo, la misma que te hace creer que estar en Avándaro fue lo máximo del siglo, ¿o no?” (p. 6834). Y remata con lo siguiente: “La apertura solo es trampa para bobos y trampolín de vivos; hacemos la Revolución o nos asimilamos al sistema” (p. 6949).

Al término de la reunión en la que acordaron verse al día siguiente para sumarse a la clandestinidad con Víctor, Saúl y el Pifas conversan por separado y deciden no acudir a la cita. Saúl comenta que Víctor sigue atrapado por Tlatelolco: “Sigue ahí, oyendo los balazos, los ayes, viendo

saltar sangre y sesos. Para mí, todo eso pasó a la historia. ¿Pero cómo decirselo? Peor aún, ¿cómo hacérselo entender? Temo lastimarlo” (p. 6519).

Además, Saúl revela que su papá ya “está bien colocado” con gente cercana a Luis Echeverría y con su ayuda entrará a un bufete cuando termine su carrera de abogado: “Y ahí pa’l real. De mi viejo, mientras suelte la billetiza, no habrá poder humano que me separe”. Saúl le promete al Pifas presentarlo con La Marrana, a quien conoce bien, para que le ofrezca un empleo en uno de sus ranchos. Y en relación con Víctor, señala:

Seamos bondadosos con él y no mencionemos a nadie lo que nos dijo. Si quiere andar con Humberto, partiéndose la madre por la pinche gente culera que abunda en este país, por el ojete pueblo agachón que nos abandonó en el 68, que nunca se lo agradecerá ni mucho menos se le unirá, ¡pues allá él! ¿Cómo la ves? ¿Vienes conmigo, te quedas de peón de rancho, o te vas a la guerrilla urbana? ¿Sabes qué Saúl? Me voy contigo. (p. 7141)

Conclusiones

La sociología figuracionista de Norbert Elias permite dar cuenta de la fuerte presencia simbólica de la triada civilización, violencia y barbarie en *LST*, un enfoque hasta ahora casi ausente en el análisis de la literatura sobre el 68 mexicano. Como expuso este artículo, Martré contribuye con su novela a la forja simbólica de la memoria del 68, apelando a nuestras emociones, para nunca olvidar los trágicos acontecimientos en los que imperó la oscuridad de la barbarie. Deja en claro que las víctimas fueron los estudiantes y el único responsable de la masacre fue el régimen autoritario.

Sin embargo, no por ello asume una posición crítica solo hacia el régimen, también hacia los propios protagonistas del movimiento estudiantil. Además, con el recurso de la sátira, y desde una mirada caleidoscópica, visualiza al movimiento desde diferentes ángulos y actores: protagonistas, medios, élites, militares, testigos. La novela logra mantener un estrecho diálogo entre lo factual y sus representaciones artísticas.

Mediante un código de luces y sombras, Martré ofrece en *LST* diversas manifestaciones de la sinuosa tensión entre las fuerzas civilizatorias (luminosidad) y las fuerzas de la barbarie durante el movimiento del 68. Se percata de que en la élite política del régimen de Díaz Ordaz ya no existen

frenos morales, que en el pasado imponían cierto apego a los ideales de la revolución. En *LST* ahora vemos a hombres “hacinados en la porquería y convertidos en hez henchida de soberbia y degradación” (pp. 3884-3886).

Hay una animalización peyorativa de la clase política (el Chango, La Marrana, Los Caballeros Ratas), con lo que se subraya el imperio de los instintos (la bestia oscura) más que de la razón (el rostro civilizatorio). Por ello, no es casual que acudan sin ningún escrúpulo al recurso oscuro de la violencia para aplastar toda disidencia. En cambio, el movimiento estudiantil irrumpe como una flecha que sigue adelante, enarbolando razón y cultura (luminosidad de sus derechos constitucionales) contra la barbarie.

Ese es el hilo central desde el cual Martré interpreta los principales acontecimientos que aparecen en su obra. Empero, su aguda mirada satírica deja en claro que si bien el gobierno incurrió en barbarie al enarbolar la violencia en vez del diálogo civilizado, mientras que el movimiento siempre apostó mayoritariamente al camino civilizatorio, no debemos dejar de ser autocríticos. Hubo sectores, aunque minoritarios, que tampoco renunciaron a responder con violencia frente a la cerrazón del régimen y al final abrazaron el camino de las armas (guerrillas urbanas y rurales), o bien que pronto abandonaron sus ideales libertarios y buscaron acomodo en el régimen.

Así, el enfoque de Elias ha permitido comprender las oscilaciones pendulares entre civilización y barbarie, en el juego de posiciones del gobierno y los estudiantes tal como son representadas en *LST*, para señalar la barbarie ajena (mayor en las actitudes gubernamentales) ante la civilidad propia (postura dominante en los estudiantes).

Además, dado que nadie tiene toda la verdad del 68, y quizá nunca la tendremos, es fundamental dejar su memoria para nunca olvidar el tremendo acto de barbarie cometido el 2 de octubre. Repensar *LST* de acuerdo con el enfoque eliasiano quizá nos ayude a reflexionar también sobre el modo en que se presentan los nexos entre violencia, civilización y barbarie en el México de hoy, en el cual, a la vez que concurren varias violencias del pasado irresueltas (de género, racismo, asesinato de líderes sociales), irrumpen otras nuevas (o que han cobrado mayor centralidad): crimen organizado, desplazamientos forzados, secuestros, cobro de piso, entre otras.